

«María es para la Iglesia como su modelo destacadísimo en la fe y en el amor»



Jorge Ambel, CSsR

Son las palabras que el Concilio Vaticano II dirige a todos los bautizados recordándonos que en Ella podremos encontrar siempre un referente para el camino cristiano. En nuestro tiempo se habla mucho de la importancia de las personas que consideramos “influyentes”, personas que por su modo de vivir o por sus palabras se constituyen en ejemplo a seguir.

María, siguiendo el camino marcado por Dios, acogiendo su propuesta para colaborar con Él, es para todos nosotros la “estrella de la mañana” que nos anuncia el nuevo día que es Cristo. En todo camino de discernimiento vocacional son imprescindibles los referentes que señalan y recuerdan la voluntad de Dios para cada persona. María es, sin duda alguna, el primer y mayor referente.

Su vida de fe, su apertura al misterio de Dios, su acogida de la voluntad del Padre y su disponibilidad para afrontar esa voluntad desde la confianza nos ofrecen a todos los que buscamos conocer y abrazar la voluntad de Dios un testimonio pedagógico que no podemos ignorar.

María, madre y maestra

Ella, que siempre nos socorre en el caminar, con su propia vida nos muestra las etapas de un camino de discernimiento para encontrar la propia vocación y para entregar la vida.

En el camino del discernimiento vocacional de todo bautizado, María es la maestra de oración que nos invita a un diálogo fecundo con el Dios que ha guiado a Israel y hace “proezas con su brazo” (Lc 1,51). Una oración que busca conocer la voluntad de Dios, que abre el corazón con sinceridad ofreciéndose a Dios para hacer lo que él nos diga (Jn 2,5). Una oración que es diálogo sincero en el que la persona se encuentra con un

Dios que ama y respeta, un Dios que propone caminos de plenitud para cada persona. Una oración fecunda que abre el corazón humano, desde la intimidad, a la fraternidad universal, a la necesidad de manos tendidas que acojan las fragilidades de la familia humana y se entreguen para seguir lavando los pies de aquellos que sufren en un mundo herido.

Ella se abre confiada al proyecto de Dios, que no ofrece seguridades, sino que ofrece un camino en el que a cada paso será necesario meditar en el corazón los acontecimientos de cada día para perforar la realidad y descubrir en ella el tesoro del Espíritu, que fecunda y da vida incluso en medio de la muerte. Será la actitud meditativa, contemplativa de María la que durante todo el evangelio nos ofrezca el referente de una mujer que no se deja llevar por impulsos, sino que, de manera confiada, sabiendo que Dios cumple su promesa, es capaz de contemplar y descubrir a cada paso la voluntad creativa del Dios que enaltece a los humildes (Lc 1, 52).

La actitud de María

La actitud contemplativa de María le lleva a acoger el Misterio de Dios, que se revela poco a poco en los pasos de su Hijo y que abre caminos donde solo había abrojos, que descubre horizontes en las noches más oscuras. Un misterio que revela la voluntad salvífica de Dios, ofrecida como una fuente que salta hasta la vida eterna (Jn 4, 14)

para todo aquel que busca sediento y que desea nacer de nuevo, de dejarse habitar por el Espíritu, que todo lo da a conocer.

La disponibilidad para todo lo arduo de María es un testimonio bellissimo de la fortaleza de una mujer que se nos ofrece también a nosotros como modelo de mujer consagrada, entregada al plan de salvación de Dios, instrumento en manos de un alfarero que le va dando forma y la configura día a día, paso a paso, sí a sí.

La fuerza del Espíritu

En cada recodo oscuro del camino de la vocación de María brilla la luz de la fuerza que el Espíritu ha puesto en ella y que le impulsa a luchar y a arrostrar cada dificultad, cada espada que atraviesa su alma (Lc 2, 35) sin darse por vencida, sin ceder al miedo, sostenida por la certeza de que Dios no engaña, de que su promesa es eterna y su fidelidad es incomparable. Y así, valiente y entregada, abierta al misterio y habitada por el Dios que

dialoga y se manifiesta en lo profundo, María, maestra en la fe, nos muestra el camino de la perseverancia en el amor y la confianza.

En este mes de junio, en el que celebraremos nuestras novenas y contemplaremos con especial devoción nuestro querido Icono, no dejemos de pedir a María, Madre y Maestra, que nos socorra en el camino del discernimiento de nuestra propia vocación, que necesita alimentarse con el sí de cada día en la oración. Nuestra vocación que nos llama a la contemplación para encontrar caminos de acción y anuncio misionero. Pidámosle a la Virgen que interceda por nosotros para que el Espíritu nos llene de valentía y sepamos salir a los caminos y buscar a todos los necesitados de la alegría del Evangelio.

Para hablarles a tiempo y a destiempo del Dios de la misericordia que le invita a la fiesta de su Reino

